

La impronta de la crisis en la economía cubana de los 90, convoca a científicos del país a hallar soluciones al déficit alimentario que afronta la población, y, donde, por supuesto, prevalecen la burocracia, la duda, el miedo a lo novedoso, y a la censura...

Una simpática noveleta, reflejo de tiempos convulsos, que hará al lector reflexionar, mientras sonríe, ora con simpatía, ora con sarcasmo... ante una realidad no por atípica, ficcionalizada.

El autor, Humberto Labrada Ríos, investigador agropecuario quien obtuviera en 2010 el Premio Goldman considerado el Nobel Verde, nos muestra que en nuestra sociedad, en un científico, también pueden convivir un escritor, músico y un hombre de pueblo.

Chencho Transgénico

Humberto Ríos Labrada



Humberto Ríos Labrada

Chencho Transgénico

2013

Editores:

Miriam Artiles Castro y Edilberto Pozo Velázquez

Corrección:

Miriam Artiles Castro

Diagramación:

María Isabel Soliz

Producción:

Mauricio Panozo

© Humberto Ríos Labrada, 2010

© Sobre la presente edición: Editorial Feijóo, 2010

ISBN: 978-959-250-645-9

Editorial Feijóo, Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas,
Carretera a Camajuaní km 5 ½, Santa Clara, Villa Clara,



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Cooperación Suiza en Bolivia

El autor agradece la contribución de COSUDE a que esta obra sea divulgada más allá del circuito de la cooperación para el desarrollo.

I

<<¡Caramba! Le zumba el mango estudiar como un conejo, gastar horas y horas de ojos, adornar las miradas con los espejuelos fondo de botella... ¿Pa' qué?: ¿pa' ná?.>>

Así, llena de incertidumbres, transcurría la vida de un joven científico llamado Fulgencio de la Concepción Pérez Domínguez, conocido como Chencho por razones obvias.

Corría el año 1994. En esos momentos los mismos ojos de Chencho, perdidos en el horizonte de la costa norte de La Habana, justo frente al Malecón comienzan gradualmente a acercar su mirada despacito a la mar, en la costa donde se divisaba una algarabía de gente con cámaras de camión, guaguas, carros, motocicletas unidas en ingeniosos arreglos para navegar rumbo a la Florida o la mismísima muerte que se retrataba en cada milímetro de goma que arrastraban las decenas de balseros por las calles de Centro Habana y que tiraban de manera estrepitosa en las aguas del Malecón, en uno de los caminos clásicos de la emigración cubana: Costa Norte de Cuba—Miami, una ruta de ida sin regreso.

Los gritos típicos de “*cuidate mucho, Papito*”, “*no tomes agua salada*”, “*no te confíes del mar*”, “*dale saludos a Rebeca y dile que me mande fotos*”; los rezos de las familias,

los amigos, “los aseres”, “consortes”, todos preocupados por los destinos de la multitud de aventureros atrapados por la valentía, la propaganda, la desesperación, sus sueños de libertad como única opción, el firmamento, la opresión, los Dioses del Olimpo, la resurrección, Yemayá—Oloku, Jesús Cristo el Señor, mezcla de gusanería, capitalismo con Revolución, la ostia divina, el riesgo y la confusión.

En ese período, Chéncho acababa de egresar de la Universidad Agrícola con título de oro, lo que sin dudas avalaba su ingreso oficial a uno de los centros de investigación más prestigiosos del país. El joven científico parecía muy resuelto a hacer su doctorado. ¿En qué tema?, ¿sobre qué versaría la tesis de Chéncho?

La agricultura cubana se había deteriorado drásticamente desde que el socialismo europeo colapsó. Los recursos externos con nominación Made in URSS, Poland, Bulgary o German Democratic Republic que apoyaban la agricultura cubana se recortaron a la mínima expresión, y por tanto la producción de alimentos, que dependía matemáticamente de la economía socialista del Este, se desmoronó en un corto período de tiempo. En estos años el bloqueo de Estados Unidos contra Cuba también se recrudeció. El colapso de la Europa Comunista del Este, la “mariconá” de los americanos y la mente rígida de algunos dirigentes cubanos pusieron a la gente a “cagar pelo”.

Enfermedades que se pensaban erradicadas desde tiempos de la colonia española, como la neuritis en sus diversas formas (o menos científicamente expresado, el “beri-beri”) aparecieron entre la población. También otros padecimientos, como el



desencanto de muchas personas inmersas en un desespero económico y social, quienes pasaron del murmullo a la publicidad abierta, sin importarles las consecuencias.

Resultaban patéticos el desequilibrio y la depresión de la gente tanto por la carencia de vitaminas, carne de puerco, arroz, frijoles, como por la de ropa, zapatos, tabacos, cigarros, ron y cerveza...

La propia situación de crisis provocó que algunos ciudadanos reafirmaran su apoyo a la revolución cubana; otros se situaron completamente en contra del régimen; y como todo en la vida, una porción no menos importante de la ciudadanía demostraba continuamente desorientación y desconfianza. Un sector muy listo se aprovechó del desamparo de la gente para comenzar algunos negocios, que jugando con la ecuación *desesperación de la sociedad = demanda loca = cuantiosas ganancias*, comienzan a conformar un tejido empresarial que en nombre del Espíritu Santo y la Revolución Socialista les hace obtener dividendos personales no despreciables.

En medio de tal panorama y para sorpresa de toda la familia, Chencho ha expresado su devoción por hacer ciencia, por mejorar genéticamente las plantas, *para aliviar la tragedia*, ... así dijo: "*para aliviar la tragedia*". Así, suave y lento como un son en acordes menores,

Pa' aliviar la tragedia

Con mi música en las estrellas,

Pa' aliviar la tragedia,

Ya no hay nadie quien me quiera,

Pá aliviar la tragedia,

Con aliento de niño,

Pá aliviar la tragedia:

Cariño.

Así decía uno de los estribillos de los cantautores del momento que la gente coreaba en las fiestas que alegraban con "*Chispa de Tren*", "*Hueso de Tigre*" o "*Caite pa'tras*" u otro invento alcohólico mortífero, fabricado con lo inimaginable y que el pueblo cubano elaboraba y bebía para mantener su cultura alcohólica y enajenarse de la terrible situación que, sin previo aviso, les estaba tocando vivir.

De este modo fue envalentonándose el joven Chencho atrapado por sus vivencias, el orgullo nacional, el deseo de una vida plena y un profundo sueño de forjar en Cuba una vida sin pobreza, con Levi—Strauss como jeans, gustos occidentales, vibrante internacionalismo proletario y la "experiencia" acumulada en 30 años, que podrían combinar lo mejor del capitalismo y el socialismo.



II

En medio de un laboratorio, Chencho convocó a Ruperto, el director de su institución científica, para proponerle su programa de tesis.

Se abren las puertas del laboratorio y entra Jacinta, una colega del joven. Milésimas de segundo después se introduce en el recinto el director y se inicia la conversación.

— Coño, Ruperto, hay un problema tremendo. La gente no tiene vitamina A —dice Chencho muy preocupado. Ruperto, el director, poniéndose su mano en la cabeza y masajeándose suavemente la calva comenta: —Sí, muchachos, es real lo que dicen, pero no sólo es la fuente de vitamina A, sino que el gran reto es la fijación de ésta. La vitamina A necesita de grasas para ser fijada y para esto el aceite juega un papel crucial. Es decir, no solo basta con suministrarle vitamina A a la gente, se necesita grasa.

— ¡Uy! —dice Jacinta— ¡hay que meterle manteca a la calabaza!

— Pues sí, algo así... —se sonríe Ruperto. Y con un tono de voz muy grave comienza a dar una explicación mágica acerca de la transgénesis —muchachos, esto no es ciencia ficción. Es



posible obtener una calabaza con la masa rica en vitamina A y con niveles espectaculares de grasa. La ciencia de hoy nos permite capturar secuencias del genoma del cerdo, de su ADN, e insertarlo en la calabaza. Este proceso in vitro ha dado excelentes resultados en Estados Unidos e Inglaterra.

Jacinta salta estrepitosamente con una subidita de tono y un poco sonrojada exclama:

– Director Ruperto, ¿no será mejor sembrar calabazas y plantas oleaginosas?

– Y parafraseando un dicho popular con una gracia que los puso a babear– ¡Caramba, que la gente críen “puelcos”, que gocen la manteca y coman calabazas, así fijamos la cultura nacional!

Los dos hombres entre carcajadas dicen al unísono:

– ¡Jacinta, qué locota!

En medio de aquella discusión, Chencho descansaba en una silla que lloraba porque los tornillos los había soltado casi y sus nalgas flacas se empotraban en la tabla playwood desgastada y crujiente. ¡*Bumbatá!*, sonó el cuerpo de Chencho en el piso frío de granito. En ese momento todo se oscureció de pronto por la coincidencia de un apagón. En la fracción de segundo de la caída, más veloz que la propia velocidad de la luz, en la mente de Chencho discurre la solución que podría recrear en su tesis de doctorado. Se trataba de buscar la relación entre la comida local y la ciencia punta.

Cae al piso y en vez de maldecir la caída y el apagón, unos segundos después y frotándose las nalgas por el dolor, entona las coplas que marcarían claramente la pista, el enfoque, la temática de su tesis doctoral.

Una mata de mango con branquias de tiburón

Un hueso ahumado no importa sazón

El talento humano

El científico retozón

Eliminaremos el hambre

Con transgénesis y canción.

Unos días después, la intuición de Chencho de hacer una calabaza con genes de carne de cerdo, era ya una cosa seria, una idea que defendería para aplicar a la sociedad y salir de la crisis alimentaria que atravesaba su país.

Chencho comienza a buscar todas las calabazas nacionales para identificar aquellas con mayores grados de vitamina A. El aguerrido joven encuentra un montón de bolsas de semillas en su instituto dentro de una cámara frigorífica y logra rescatar 30 tipos de semillas que fueron colectadas en los años ochenta por una expedición de científicos cubanos y alemanes. Éstos recogieron cientos de simientes de los campesinos que aún conservaban sus variedades y las guardaron en grandes refrigeradores a la espera de que otros científicos pudieran sacarlas y empezar todo un trabajo de siembra y selección de los mejores tipos. Desgraciadamente, esa espera coincidió con la época de los apagones y muchas semillas perdieron su capacidad de germinación, pero esto no desalentó al aguerrido científico.

Chencho rescató las semillas, las sembró, y determinó las de mayor adaptación y el contenido de vitamina A de sus frutos, a los cuales podría insertar los fragmentos de genes de cerdo que ya había localizado por Internet, y así poder producir la milagrosa calabaza. Sólo había que tomar un avión de ida y vuelta al Reino Unido y traer el fragmento mágico de “*Gen de Pig Mantecoso*” para ser introducido en las calabazas cubanas.

Ya estaba concebido todo el programa de investigación, los protocolos para el trabajo de laboratorio, los contactos internacionales para el apoyo al proyecto de Chencho. En este momento suena el teléfono del laboratorio y se siente la voz del director del Instituto citando a Chencho y a Jacinta para comentarles algo.

Horas después Ruperto, el director, sentado en su despacho y esta vez con voz apasionada, les comunica a Chencho y Jacinta que el asunto de la transgénesis que habían discutido previamente le parecía muy interesante y con un potencial impacto nacional e internacional no despreciable, pero que la institución no tenía posibilidades de recibir la usual asignación de combustibles, piezas de repuesto, neumáticos y lubricantes para preparar la tierra y sembrar las primeras semillas de calabazas que debían ser manipuladas genéticamente. Chencho se encojonó brutalmente y un millar de obscenidades brotaron como agua de manantial de su endiablada boca. El noble muchacho se encolerizó y hasta en su ataquito amenazó con dejarlo todo: su proyecto, su familia, Cuba. En contracorriente, y de manera simultánea, subyacía en su mente la idea de que no podía renunciar al proyecto, abandonar Cuba, vivir sin su familia y sus amigos. En la práctica era extremadamente difícil, y sobre todo arriesgado,

viajar a otro país sin el respaldo de una institución. En su cerebro se movía con carácter de lema que no podía huir del país cuando la patria demandaba de su ingenio, pues eso equivaldría a ser considerado un desertor, un flojo u otro adjetivo que las organizaciones políticas le adjudicarían.

Chencho, con toda la pena del mundo, descubre la incapacidad de su instituto científico para llevar a cabo algo tan simple como sembrar un puñado de semillas en un pedazo de tierra.

¿Qué pensarían sus colegas nacionales e internacionales ante la incapacidad de una institución agrícola de renombre para preparar la tierra, fertilizarla adecuadamente y garantizar el mínimo de agua para el riego de los cultivos?

La pregunta le cayó en la cabeza como un témpano de hielo y entre la mezcla de agua que se le derretía arriba y los treinta y cinco grados Celsius con un ochenta y cinco por ciento de humedad relativa, provocaron en el muchacho un amasijo de penurias, incapacidad y pérdida de honor que hizo que se le endureciera el cerebro, le fallara la respiración, le temblaran las piernas, se le disparara la presión arterial y se desmayara abruptamente.

El científico fue llevado con urgencia al hospital más cercano donde fue sometido a una rápida inspección cardiovascular. Los doctores no detectaron grandes problemas, sólo diagnosticaron estrés y el despunte de una leve hipertensión. Entonces recibió una dosis de medicamento para disipar el entumecimiento y descansar unas horas bajo los efectos del fármaco.



Tres horas después Chencho abrió los ojos y su primera visión fue la de Jacinta, su colega “*la Locota*”.

Jacinta estudió Química Orgánica. Ella, a diferencia de Chencho, no fue bien comprendida en la universidad, ya fuera por su dudoso rendimiento académico, o por su actitud alérgica a las reuniones de sindicato, Partido comunista y marchas revolucionarias, lo cual le fue quitando puntos en la competencia para aspirar a ser plantilla de una institución del Estado priorizada para la aplicación de alta tecnología. La Jacinta por su trayectoria estudiantil recibió los créditos mínimos para insertarse en un centro de investigaciones agrícolas en el que no hizo muchos estudios moleculares a los vegetales, pero sí muchas relaciones humanas y fertilizó cientos de discusiones sobre ciencia, tecnología y su relación con la vida cotidiana de la gente. Ella discutía recurrentemente los conceptos locales de desarrollo, la idea de considerar la ciencia en función de fortalecer los intereses culturales y de la ciudadanía, y especialmente de las miles de personas carentes de alternativas en el mundo rural. La Jacinta era un acorde diferente en el mundo tecnológico del instituto en que fue enviada a laborar. Ella no perdía la oportunidad de ensartar en sus conversaciones, poesías y textos literarios aspectos que la diferenciaban del resto de los jóvenes de su graduación....

<<Para fijar la Vitamina A es importante aumentar la diversidad del campo>>, decía Jacinta una y otra vez. De manera espontánea, ella con sus ocurrencias alegraba cualquier ambiente. Los contrastes de su método químico—orgánico—lineal, con algunos cursos de psicología popular y la bondad de las múltiples relaciones humanas que

día a día establecía, le daban a la menuda joven un halo de atracción que complementaba su menuda figura e imperfecto rostro.

—Jacinta, caramba, qué bueno verte aquí. — Con una atontada expresión dice Chencho, una vez que se despierta después de las tres horas de tranquilizante. Y Jacinta le dice:

— Claro “*mijito*”, si pensaba que te morías, pero como dice el refrán: “*bicho malo nunca muere*”.

Chencho le regaló una sonrisa de oreja a oreja, a pesar de que todavía le quedaban algunas trazas del medicamento que le habían suministrado.

— Chencho, Chencho,... tranquilízate —suavemente le murmura al oído la Jacinta, y continúa diciendo —los regímenes comunistas europeos colapsaron, pero nosotros no podemos colapsar. La vida no se puede acabar... — continuó— Mañana hablamos, hoy descansa.

En eso llegó la mujer de Chencho, los hermanos, el padre, la madre y todo el familión para mimar a Chencho, la estrella científica de la familia Pérez Domínguez.



III

Jacinta tenía en el laboratorio su rincón en el que a primera vista afluían sus cubiertos para el comedor público o para enfrentar cualquier oportunidad culinaria que pudiera aparecer, bien por los canales oficiales, o por el propio mercado de los preparadores de alimentos sin licencias que hacían su dinerito alrededor del instituto. Ella tenía también en la esquina de su mesita de trabajo, unas 10 bolsas de plástico recicladas al menos 5 veces cada una, más una de tela con dibujos muy bonitos, obsequio de unos amigos extranjeros en la que guardaba sus libretas de notas, papel higiénico, almohadillas sanitarias para su menstruación, las llaves, su monedero, un recipiente de plástico vacío, entre otros elementos imprescindibles para una joven mujer viviendo en un período de carencias materiales. Todo este juego de bolsas estaba siempre dispuesto a cargar cualquier cosa útil para llevar a una casa que alquilaba, junto a sus amigos y amigas, con quienes compartía los gastos.

La Jacinta, desde su modesto rincón y con la fuerza de convencer que la caracteriza, llama a Chéncho en la mañana y le dice:

– ¿Por qué no te llevas todas esas semillas de variedades de calabaza a la casa de mi padre en el campo, las siembras y después vemos?

Chencho, boquiabierto, le contesta:

– ¿Cómo podemos comprobar científicamente que las diferencias entre las variedades de calabaza que se siembren en las tierras de tu padre son debido a las diferencias genéticas y no a las posibles variaciones que tiene el suelo? –le replica, y sigue. –Yo necesito tener bien claro este concepto.

Jacinta le responde:

– Mira, yo nací allí y estoy convencida de que mi padre sabe al detalle por qué las plantas crecen diferentes en sus tierras.

– Sí, Jacinta, pero eso no es científico –afirmó Chencho con toda la convicción de un hombre de ciencias.

– Chencho, –le dice Jacinta suavizando el tono– tú sabes que mi especialidad es lo molecular. Es ciencia constituida saber que las plantas crecen dependiendo de las condiciones donde se siembren, y que además cada una de ellas tiene estructuras celulares denominadas genes que también regulan las formas en que se desarrollan. La apariencia de cada planta o ser vivo que observamos a diario no es nada más que la interacción de los genes con las condiciones en que se desarrolla. Chenchito, a través de la biología molecular nos podemos dar el lujo de distinguir si la variación que observamos se debe a la estructura genética de las calabazas. Como tú sabes, cariño, de esa forma logramos aislar y entender estrictamente las variaciones producidas por los genes de toda posible variación que pueda provocar las diferencias de fertilidad de la tierra. De esta manera convences a “malanga y al puesto de vianda” de que tus resultados son científicos aun cuando hayas sembrado tus experimentos en fincas de campesinos.

La respuesta de Chencho no se hizo esperar:

– ¿Convencer a ese tribunal que examina los doctorados y al que le dicen la Santa Inquisición? Tienen fama de ser muy rígidos y cuadrados...

Jacinta, abriendo los ojos de par en par y poniéndose ambas manos en las caderas que ya contoneaban expresó a todo ritmo:

Papito, lo molecular es lo molecular:

La ciencia con el arte, suena banal,

Separemos lo genético del ambiente,

La ciencia a pulso de la cultura universal.

Aún cuando a Chencho le había dado un soponcio por no poder sembrar las calabazas en los campos experimentales de su institución científica, tenía una fuerte presión del método científico convencional que lo obligaba a doctorarse en Ciencias de la Agricultura, con la aplicación de algo duro, cuantitativo. Sin lugar a dudas este argumento era muy importante en el modelo del joven para demostrar sus verdades científicas aunque cada día quedaba mas claro que el costo para demostrarlo le era difícil cubrirlo por las dificultades económicas por las que atravesaba su institución y su país.

En medio del silencio de Chencho, Jacinta, para rematar y sacarlo de su duda, comenta con cierta ironía:

— Chencho, yo sé que aquí en la patria, en el sur, es difícil hacer análisis sofisticados de laboratorio. Sin embargo, esa

parte la puedo hacer en el extranjero. Puedo viajar a una institución del norte brutal y revuelto, para hacer toda la parte genética como Dios manda. Yo me pongo y lucho una beca de estudio, ¿qué te parece?

Chencho inseguro, con un incipiente deseo romántico, sentimental por Jacinta y con su rostro con una expresión de sí y no, decide:

— ¡Qué remedio, Jacinta!, vamos a visitar la finca de tu padre y en paralelo la gestión para salir al extranjero y “matar” lo molecular y cualquier elemento científico que calce los resultados. Empezaremos los experimentos en lo de tus padres y lo molecular lo hacemos en el extranjero, —finalizó Chencho con toda convicción.

IV

La finca de los padres de Jacinta estaba a 230 km de la ciudad. Jacinta y el joven científico, con sus 30 paquetes de semillas comienzan a capturar camiones de pueblo en pueblo y al cabo de 5 horas, sudorosos, llegan a una arboleda de frutas tropicales que se movían armoniosamente con cada pequeña y discreta rafaguita de viento. Se movían hojas, plumas de las aves endémicas y se despeinaban continuamente las palmas reales que se enfilaban en los contornos de la finca.

Era La Esperanza, la finca en la cual Jacinta nació y estuvo viviendo hasta los 17 años, momento en que decidió moverse a la capital del país para estudiar su carrera en la universidad.

— ¡¡¡Papá!!! — En desaforada carrera, Jacinta se abalanza sobre su padre Zenobio. Jacinta se lo come a besos y el despampanante sonido de sus labios sobre el rostro sudoroso y lleno de cañones del campesino viudo, llama al encuentro a Dulce, la hermana mayor de Jacinta que corre a ver a su adorada hermana y contribuye a que se compacte aquella masa muscular de abrazos y caricias que resumían la felicidad del encuentro familiar.

Chencho, un poco apenado extiende su mano y se presenta a la familia de Jacinta.



Como de costumbre, la hospitalidad del campo se hace manifiesta y comienzan a servirse jugos de frutas, café, y todo lo que tienen y lo que inventan para agasajar a la hija recién llegada y al joven amigo, científico como ella.

Jacinta, como siempre dispuesta a llevar la iniciativa, le comenta al padre el motivo que los había llevado a visitarlos y le da la palabra a su colega. El padre escucha a Chencho muy interesado, y un tanto incrédulo intenta seguir la historia de las vitaminas y la transgénesis de las calabazas con la grasa de cerdo. Al final del sermón, que Chencho con gran pasión le sopla al humilde guajiro, Zenobio, poniéndose un tabaco en la boca y reclinando el taburete hacia la pared les comenta: *<<Bueno, pues ustedes dirán en qué puedo servirles...>>*. Jacinta salta y le dice con toda confianza: *<<Papa, necesitamos un pedazo de tierra para sembrar semillas de 30 tipos de calabaza>>*. Chencho, avergonzado y metiendo la cabeza entre los dos hombros escucha de la fuerte voz del padre de Jacinta: *<<¿Eso ná'má?>>*. Jacinta le responde: *<<Sí, eso. Siémbralas a tu manera y nosotros venimos a estudiar como se comportan en la finca>>*.

Con una sonrisa burlona, Dulce, la hermana mayor de Jacinta, con la agudeza que la caracteriza y con suspiro sobre intencionado dice: *<<Quizás sea una buena excusa para verle más el pelo por aquí a Jacinta>>*. Jacinta, la huracanada química orgánica y locota, haciéndose la sorda sigue la conversación sobre las vitaminas y le pregunta al padre sobre su salud. Chencho, que ya va tomando confianza y muy contento se brinda para colaborar en la siembra: *<<Zenobio, —dice muy entusiasta— si el agua anunciada para mañana cae, estamos sembrando mañana mismo todas*

esas semillas>>. Zenobio cierra la conversación: <<*Pues mañana las sembramos si llueve; y si no llueve, esperamos a que llueva>>.*

Jacinta, con una inmensa alegría contrae el rostro de felicidad, y es entonces cuando su hermana Dulce, con su perspicacia habitual, siente en sus ultrasensores algo “adicional” integrado en la historia de la investigación, el déficit de vitamina A de la población, y el interés por todo el mundo de las ciencias y de las plantas que argumentaba la pareja de jóvenes investigadores.

Para no aburrir, pasaron tres días y no llovió. En este intervalo la matanza de cerdo y pollos estuvo de moda; la dulce hermana Dulce, aparte de sus acostumbradas indirectas, estaba especializada en ensaladas de hortalizas, cócteles de frutas y dulces caseros; la Jacinta tenía la gracia del arroz con pollo... ¡Madre mía! ¡Cuánto derroche de vitaminas y grasa!

Para el cuarto día, Jacinta y Chencho confirmaron sus otros deseos, los investigativos sexuales. Aunque a Chencho no se le paró su miembro en el primer momento en que Jacinta se le encueró delante, el roce de los cuerpos y la desinhibida actitud sexual de Jacinta, iba facilitando gradualmente la confianza que le faltaba y finalmente los gemidos de ambos y los suspiros de “La Locota” iluminaron las noches estrelladas de La Esperanza.

No llovía. Los amantes gozaban de la espera de la lluvia. Las conversaciones continuas sobre ciencia, los banquetes, la libertad del campo y el hermoso paisaje rural hacían que el tiempo transcurriera a mil kilómetros por hora. El tiempo en

prisión o en una prolongada cola para agarrar algún producto alimenticio básico se hace lento y desagradable, sin embargo en La Esperanza volaban las horas.

El aguacero finalmente llegó en el sexto día, y con fuerza de chaparrón, con vientos y truenos, homogenizó con el gris de la tormenta de esa tarde en La Esperanza. Después de la intensa lluvia apareció el multicolor arcoiris que se describe en las historietas de optimismo y amor, era el mismísimo ambiente que cambia el olor de la brutal sequía hacia un frescor verde y de melodiosa fragancia de vida.

— Chencho, la época de lluvia empieza – le grita muy feliz Zenobio, el padre de la Jacinta.

Después del aguacero, la tierra húmeda gritando por las semillas. Chencho y Jacinta se expresan:

— Bueno, sembramos y nos regresamos.

En efecto, confirmando sus temores bien fundados, terminando de sembrar y dispuestos a partir se aparece la esposa de Chencho con una carota que reflejaba los treinta mil tigres de los zoológicos del mundo. El Chencho, con el lenguaje ininteligible típico de un investigador comienza a explicar al detalle la decisión de sembrar sus experimentos de tesis de doctorado en la finca de un campesino y que además junto con su colega Jacinta tenía que evaluar durante los 4 ó 5 meses del cultivo, ahí en la finca de Zenobio. La explicación quizás pudiera haber convencido a todo el cuerpo antropológico de la Universidad de Berkeley, no así a Celina, la Bella, la mujer de Chencho, que de tonta no tenía un pelo y

quien junto a Jacinta y el propio Chencho marchó hacia la capital en un camión, apenas sin decir palabra en más de las cinco horas de camino.

Posterior a la dramática trilogía amorosa pasaron días y días; durante los 5 meses que duró el cultivo, el campesino le enseñó a Chencho a cultivar calabazas a la criolla, así, intercalada con otros cultivos. También le mostró los tipos más atractivos para él, desde su perspectiva de campesino y cómo seleccionar los frutos que pudieran tener mejor aceptación en el poblado en que nació Jacinta, e incluso aquellos que pudieran tener mayor demanda por parte de los santeros en sus ofrendas religiosas.

El joven investigador, ya enamorado de Jacinta, aprendió además la importancia de la diversidad: cómo las especies se complementan unas a las otras y que todas juegan su rol en la naturaleza; que conocer estas relaciones facilita la producción de alimentos de manera más balanceada, en armonía con el medio ambiente; que la experiencia de los agricultores era un elemento muy importante para incluir en su modelo científico, de igual manera que la diversidad del género humano, sus gustos, intereses y preferencias debían ser consideradas y promocionadas. De este modo Chencho en un destello de sabiduría, se da cuenta de que la forma de aplicar la ciencia que el había aprendido había sido utilizada en ocasiones como una manera de homogenizar la conducta humana, los deseos, la inteligencia y el placer.

Pasaron los días y días y la pasión entre Jacinta y Chencho crecía. En ese momento, y obligado por el propio contexto, el joven científico desarrolló el arte de conciliar los intereses de



su bella esposa Celina, de cuerpo escultural y modales impecables con la menuda Jacinta, de alocada risa y mirada chispeante que fortalecían la credibilidad de la pasión que vivía.

Pasaron días y días y la idea inicial de la transgénesis fue derritiéndose como la manteca de cerdo al calor de una llama. La experimentación con todas las semillas que ya se realizaba en la finca de un campesino, fuera de un escenario científico convencional, y el triángulo amoroso Chencho, Jacinta y Celina, dieron origen a comentarios, discusiones, ataques de celos, y peleas amorosas que daban un raro matiz al acto de infidelidad de Jacinta y Chencho.

Todos lo sabían y andaban en armonía.

Con la tía Cristina, andaban en armonía

Con el bolsillo del tísico y la Virgen María

Andaban en armonía

La Jacinta, Chencho y la bella Celina

V

Chencho estaba entusiasmado con la idea de trabajar en la finca La Esperanza y cultivar las calabazas en paralelo con su apasionada relación con Jacinta. El propio carácter bonachón de él y su modesta actitud al aprender de un guajiro como Zenobio o cualquier personaje de la comunidad, hizo que otros miembros del poblado se fueran acercando al joven y que este fuera ganando día a día, minuto a minuto, la simpatía de todos. Sus brillantes calificaciones como estudiante de agricultura en la universidad, sus innumerables galardones logrados en su corta y fructífera carrera no impidieron que Chencho hablara, discutiera y estableciera siempre una relación de igual a igual hasta con el más analfabeto de los comunitarios.

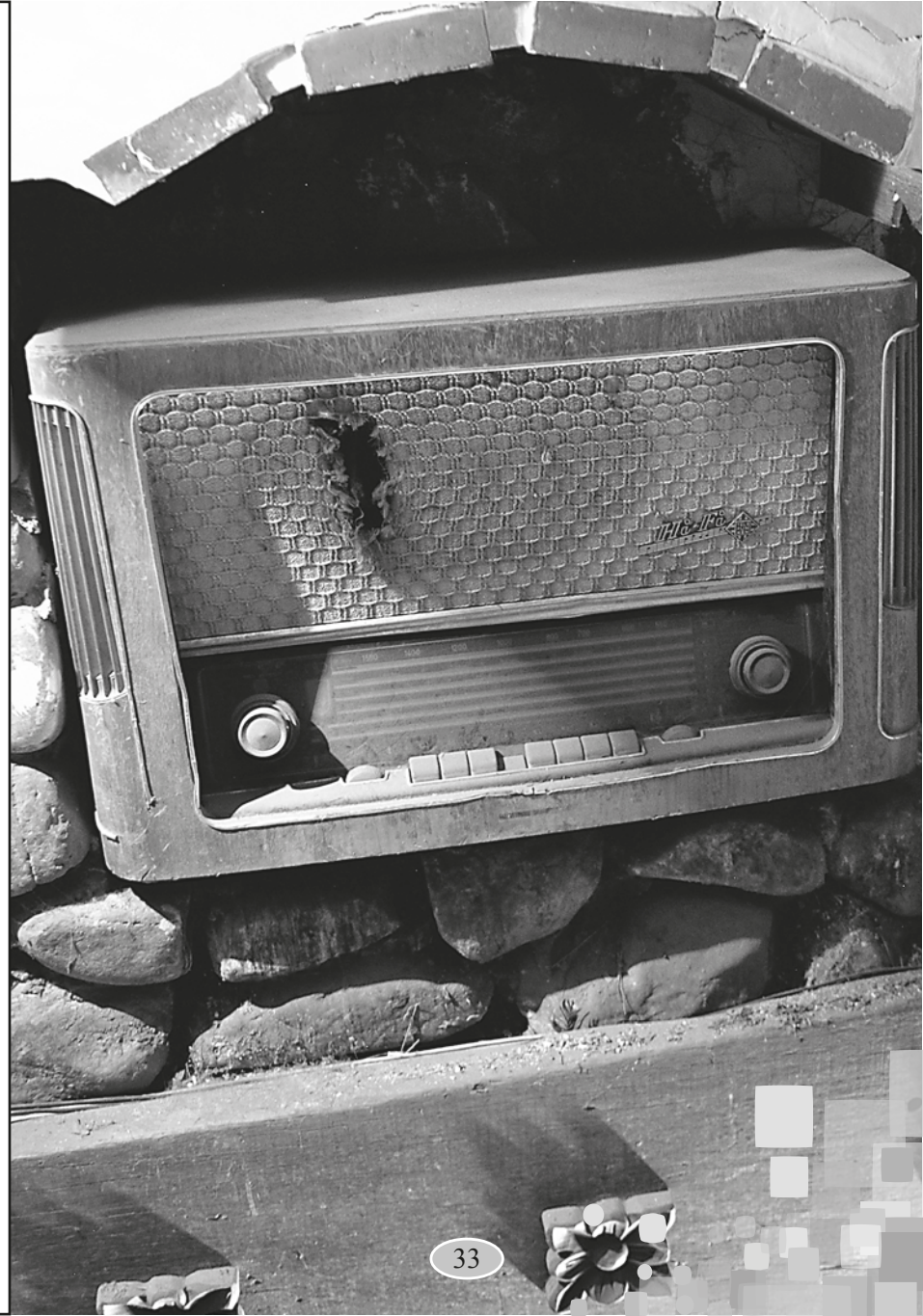
Los guajiros continuamente le preguntaban por qué él estaba ahí con ellos, tan lejos de la ciudad, en una zona donde las perspectivas de desarrollo no se correspondían con la inteligencia del joven científico forjada tras muchos años de quemarse las pestañas entre libros y tubos de ensayo. Así comentaban multitud de campesinos: <<Tú no te mereces esto, Chencho>>.

Tras la primera cosecha de las calabazas y después de que los hombres y mujeres de la comunidad, de manera muy natural,

decidieron cuáles eran las variedades más atractivas, Chencho pudo ver que entre los pobladores del lugar existían opiniones similares y otras que no coincidían. Así, descubrió que las mujeres tenían preferencias diferentes y que lo que convencionalmente se consideraba bueno era un tanto relativo, resultando difícil distinguir qué era lo mejor.

En la joven, rápida y campechana mente de Chencho comienzan a introducirse elementos completamente nuevos referidos a la manera de interactuar con la gente, y se percata de la avidez de los campesinos por experimentar y discutir los resultados de su trabajo con toda la energía y convicción del mundo. Todo esto hizo pensar a Chencho en extender su experiencia e invitó a decenas de fincas cercanas a La Esperanza a trabajar juntos en la selección de semillas, así le facilitó a toda la municipalidad una diversidad de semillas de cientos de tipos y cultivos diferentes para que los productores escogieran lo que mejor les pareciera; dicho en otras palabras, lo que les diera la real gana. En paralelo, y quizás relacionado con su actitud de cambiar su filosofía de hacer los experimentos con los campesinos, y de que estos decidieran la estrategia de cultivos y variedades a partir de su conocimiento, empezaron a aparecer interesantes reacciones en su centro de trabajo.

En el instituto de investigaciones agropecuarias que dirigía Ruperto y del que eran parte de la plantilla Jacinta y Chencho, estos dos últimos nombres pasaban de boca en boca y los rumores iban y venían cada minuto siendo los temas principales el haber cambiado toda la experimentación del laboratorio a la finca de los campesinos, visitar poco el instituto y cómo no, la relación de pareja que por mucho que



intentaran ocultar ambos, la gente les descubría en los ojos, las bocas y los gestos en el más clásico acto de infidelidad, que era casi perdonado para Chencho por ser joven, con un futuro científico brillante, y machito. Para Jacinta era un poquito más difícil, por lo que era criticada y objeto de burlas, aunque a decir verdad a ella le importaba poco: el enamoramiento que tenía en ese momento, era la píldora ensordecedora ante las frases de los auténticos jodedores que rumoraban: <<¿Qué estará haciendo la parejita de investigadores?>> <<¡Seguro que están sembrando los experimentos en casa de los campesinos, que están haciendo ciencia...!>>, <<Sí, los dos, juntitos los dos, como el bolero mejicano: Así, juntitos los dos, será nuestro amor eternamente, lalala, lalala,...>>. Hasta en un festival de artistas amateurs les compusieron, cantaron y popularizaron un soncito que decía:

*Chencho tan pancho
De la ciencia se ha olvidado
Ya no usa microscopio
Solo condones usados*

*Chencho que oculta
Su verdadero amor
Las mujeres sí combinan
Ciencia, amor y pasión.*

*“Trans” con T
“Génico” con G
Ya no hago experimento*

La ciencia se me fue

“Trans” con T

“Génico” con G

Juega que juega pelota

¿Esto es ciencia o no sé qué?

¡Cómo gozaba la gente con la canción de Chencho! De hecho, se convirtió en el himno de la infidelidad y la gozadera en toda la institución: el soncito lento, la armonía sencilla, la picardía del improvisador, los coros de “C” y “T” pegajosos, los dibujos de frases <<Caramba, Chencho, cómo has cambiado. Qué color, qué rico suena, Chencho, este tu propio son, ... la, la, la, la, ra, la...>>.

En lo que pasaban las cosas que normalmente pasan, cuando pasa lo que pasa con algo nuevo, el impacto en la comunidad de las semillas que introdujo Chencho siguió creciendo. Los guajiros, a través de la investigación, empiezan a descubrir tipos de calabazas y otros cultivos que nunca se imaginaron y rescatan formas y sabores que habían perdido hace muchos años. Los consumidores de los pueblos cercanos empiezan a interesarse por los nuevos gustos y calidades de lo que producían en la comunidad en que estaba enclavada la finca La Esperanza. Una avalancha de gente venía los fines de semana a degustar toda aquella invención, los músicos, pintores, teatristas de la comunidad y otros de la ciudad organizan sus actuaciones, recogen sus propinas, la ola de visitantes alquila cuartos y los servicios de comida. Todo el mundo quería probar la sazón de los pobladores de La Esperanza. Los visitantes, felices, aprendieron lo que era una

yuca, niños y niñas aprendían que los pollos no se producen en los congeladores y que las cubiertas plásticas son un invento humano; que las aves tienen plumas, caminan y que los huevos no vienen en moldes sintéticos, que salen del culo de las gallinas y caen en la tierra y se embarran con alguna que otra pinta de caca.

VI

Eran las 4 de la tarde de un domingo caluroso de agosto y Celina la Bella, esposa oficial de Chencho, se había encargado de poner elegante al marido con un traje que buscó en los archivos matrimoniales y que con muchas ganas lavó y planchó. Chencho viajaría a Canadá para una estancia de ocho meses con una beca sobre transgénesis que había solicitado cuando eligió el tema de su tesis.

Un instituto de Ottawa, otra vida distinta, conocer el capitalismo en su esencia, las relaciones entre gente extraña que hablaban otro idioma y en cuya concepción filosófica prevalecía la imagen de lobos comiendo a lobos en desesperada lucha por la acumulación del capital. Estas tormentas cerebrales entre otras preguntas abiertas eran elementos que le imprimían al viaje de Chencho un interés especial. Al mismo tiempo, todos los colegas de Chencho e incluso Celina estaban entusiasmados con que Chencho retornaría a su vida de laboratorio y de genes. La esposa del joven asociaba el cambio del enfoque científico de su marido con la “pegadera de tarros” que estaba sucediendo entremezclada con el proyecto que implementaba en el último año. En pocas palabras: la esposa de Chencho rezaba día tras día para que todo el talento de su maridito se desviara a otra

actividad que lo separara de Jacinta, La Esperanza y el trabajo comunitario.

Lo que no sabía Celina, es que su rival, Jacinta, también había logrado que le aprobaran una beca en el mismo instituto y que se marcharía tres meses después, nada más y nada menos que a entrenarse en marcadores moleculares para, entre otras cosas, poder analizar la presencia y caracterización de las supuestas semillas transgénicas que Chencho, en sus investigaciones de doctorado debía haber obtenido cuando solicitaron estas becas un tiempo atrás. Verdaderamente había llovido muchísimo desde el día en que Chencho llenó todos los formularios y cartas de apoyo para pedir el dinero de su investigación a una agencia financista internacional. Su principal argumento en el momento en que llenó todo el planilleo era el de modificar genéticamente una variedad de calabaza para aliviar el déficit de vitamina A que padecían los cubanos; sin embargo, su enfoque científico y sus relaciones amorosas habían cambiado drásticamente, aunque su solvencia económica se mantenía en un estado precario, a tal punto que tenía bien definida su decisión de buscar algún ingreso adicional que le permitiera escapar del déficit económico que había padecido en los últimos años de su vida, por tanto bajo ningún concepto podía rechazar la oportunidad financiera que significaba la beca. Él había calculado meticulosamente que con el dinerito que ahorraría en los 8 meses de estancia en Canadá, si se administraba bien podía garantizar, al menos durante tres años, la seguridad alimentaria de su familia. Además, el retorno a la aplicación de métodos científicos convencionales que suponía involucrarse nuevamente en la investigación de genes y



laboratorios, le facilitaría limpiarse el descrédito, la mala reputación intelectual en la que había caído entre sus colegas por su trabajo con campesinos y la diversidad de semillas.

Chencho llegó a Canadá y se dio cuenta rápidamente de varias cosas. Para empezar, que su inglés no era bueno y que debía mejorarlo lo más rápido posible, y para seguir, que no hacía falta haber llegado vistiendo su impecable traje: la gente normal que trabajaba en el laboratorio, incluso el jefe de departamento y el director de la institución canadiense andaban de muy poca etiqueta y que cuando ellos viajaban a otros países vestían aún mucho más informales. Al principio creyó que se debía a la cultura de tacañería, de no lucir ropa elegante por ahorrarse unos centavos, o que ciertamente estas personas no ganaban suficiente como para darse esos lujos, después se dio cuenta de que los yumas son así de simples, que en ocasiones prefieren andar con la ropa rapiada y gastarse toda la pasta viajando el mundo, conociendo el sur. El joven Chencho también se percató de que el imperialismo a que continuamente se refería en las lecciones de marxismo-leninismo que tomaba en la Universidad y que continuamente repetían: *<<Cuidado, muchachos, en el capitalismo desarrollado "el hombre es el lobo del hombre">>*, le resultaba un poco banal. Quizás el hambrecita acumulada históricamente obligó a Chencho al llegar al país de los lobos a entrarle de frente a los animales salvajes y finalmente se hizo víctima de la sociedad de consumo, primero en los supermercados de estanterías repletas de comida chatarra, y cuando tomó más confianza, su debilidad de consumidor se hizo patente especialmente en los restaurantes Shawarma de comidas libanesas que servían

barato, con abundantes porciones de arroz, carne y un gustito a ajo que le recordaba la comida de su país.

En medio del cansancio por su esfuerzo mental aprendiendo toda la rutina del laboratorio más el inglés, Chencho, en sus noches de soledad, no agarraba el sueño profundo, por lo que le quedaba espacio para pensar sobre los cambios que estaban sucediendo en su vida, desde la obtención de Diploma de Oro de la Universidad como mejor graduado de su año, hasta el momento que recibió duras crítica en su trabajo por involucrar a las variedades criollas y los campesinos unido a toda una aventura de engaños amorosos que le era extremadamente difícil abandonar ahora que se había enganchado con la agri dulce emoción de la infidelidad latina. Por último, su reflexión se entoncaba con su estancia en Canadá, en pleno capitalismo donde aprendía sobre transgénesis en un instituto yuma donde no faltaba de nada.

Al unísono revoloteaban en su pensamiento la belleza de Celina y el atractivo carácter de Jacinta, todo lo revolvía la habitación de Chencho en las noches frías de Ottawa.



VII

Ya con 3 meses de estancia en Canadá, Chencho había mejorado su inglés extraordinariamente y visitaba los fines de semana un pequeño bar latino donde se escuchaba usualmente música cubana y algún que otro u otra canadiense con el alcohol empotrado en la cabeza se decidían a bailar y de forma desinhibida a practicar las lecciones de salsa que pagaban durante la semana. En este ambiente un grupo de gente cuarentona con cierto aspecto de hippy atraídos por la manera de pedir cerveza del joven cubano y el tarareo de las canciones que se oían, se acercan a Chencho. La conversación entre los recién conocidos comenzó por la música y el baile, y terminó en la agricultura y dentro de ella por el interés por la agricultura orgánica.

Verdaderamente esta familia de agricultores orgánicos canadienses más que un descubrimiento constituyó un gran regalo para él, especialmente por lo que le recordaba a su amada Jacinta, Zenobio y sus fabulosos días en la finca La Esperanza.

Aquel primer encuentro de Chencho con los agricultores orgánicos canadienses fue como amor a primera vista, todos quedaron hechizados, y Chencho empezó a visitarlos los fines

diabólico, podría ser incorporada como un componente del ocio como lo era el ron, el tabaco, en fin, era solo una cosa más, que <<Si te gusta OK, si no te gusta igualmente OK>>. En aquellos encuentros se produjo un riquísimo intercambio de culturas, puntos de vista, conocimientos culinarios... Las mesas temblaban de alegría cuando el Chencho y los campesinos yumas ponían sobre ella, toda la sabiduría y cariño en aquella diversidad de platos caseros, hechos con las manos y el corazón.

En este ambiente es que llega Jacinta a Canadá, y al ver ese clima tan amigable, familiar y rural en el que Chencho se había metido, se enorgullece mucho más de haber dado hasta las más íntimas de sus caricias, su confianza y escandalosos orgasmos al joven talentoso y machito Chencho Pérez Domínguez.

No fue muy difícil para Jacinta acoplarse al ritmo de las relaciones que había construido Chencho y los campesinos yumas, y ella fue también muy bien acogida por la familia canadiense. Chencho y Jacinta dormían juntos los fines de semana en casa de los agricultores, se agarraban de la mano, no paraban de tirarse flechazos con los ojos, miradas que derretían a cualquiera que se interpusiera entre las dos criaturas enamoradas. Como el mundo es chiquito y luego todo se sabe, y para no mentir en declarar su estatus de *tarro* (o sea, que eran amantes), Chencho y Jacinta daban continuas evasivas cuando cualquiera les preguntaba sobre sus proyecciones de tener hijos, sitio de residencia en su país natal, detalles sobre cómo se conocieron, entre otras clásicas preguntas que los humanos suelen hacer por su propia naturaleza investigativa, un poco chismosa y quizás

ligeramente bretera. Por su parte, los agricultores al ver la imprecisión de sus respuestas rápidamente captaron que era un acto de infidelidad y quizás la condición de gente alternativa les ayudó a entender como un elemento natural el sistema de relaciones extramatrimoniales, o sea un elemento intrínseco del mundo en que vivían.

Verdaderamente Chencho y Jacinta los fines de semana los habían ligado como de sueño, unidos a lindas personas, trabajando físicamente en el campo, comiendo rico, gastando poco. El punto estaba en que los días entre semana ambos trabajaban en un instituto de primer nivel de ciencias biológicas; Chencho, por su misión doctoral trabajaba día y noche en un laboratorio de biotecnología insertando a las calabazas cubanas el gen de "*Pig Mantecoso*", que recién había llegado a Canadá de unos laboratorios ingleses. De este modo y conociendo la garra del joven para llevar a cabo cualquier proyecto que se proponía, y las facilidades que tenía en ese laboratorio en el que no faltaba absolutamente nada para hacer ciencia, el joven Chencho en una retro visión de su enfoque científico logró la hazaña de meter el gen de la manteca en una calabaza local de la que había llevado las semillas desde Cuba.

Por otro lado, a dos puertas continuas, en el laboratorio de biología molecular se encontraba Jacinta quien aprendía todas las rutinas de marcaje molecular para detectar las modificaciones genéticas de las calabazas, y con esto complementar la tesis de doctorado de su adorado amante. Ella, por su propia condición ideológica y por la influencia de su difunta madre, que era profesora de inglés y tronco de

gusana, siempre se mantuvo en comunicación con amigos de habla inglesa que la visitaban en Cuba, lo que facilitó que su inglés mejorara rápidamente con un acento casi anglosajón y que unido a su carácter alegre, comunicativo comenzara a conquistar la amistad de decenas de personas que trabajaban en el instituto *yuma*, lo que despertó en Chencho una extraña combinación de orgullo y celos.

La propia dualidad de la vida de Chencho y Jacinta durante los fines de semanas de vida “*orgánica*” y días laborables de transgénesis produjo un número creciente de discusiones en la pareja, que terminaban siempre en la cama.

<<¡Ah! *El amor es el amor, y las buenas discusiones terminan en la cama*>>, era el tema que Chencho repetía y que era fuente de inspiración para componer alguno de sus sonetos sencillos y rícos que solía hacer de vez en cuando.

El asunto es que Chencho ya tenía que regresar a la patria en una semana con su hazaña científica: las calabazas transgénicas, y un tiempo después le tocaría a la Jacinta, con su diploma de especialista en marcaje molecular para completar la tesis de su amante. La vida de laboratorios y de relajación con los agricultores *yumas* orgánicos casi llegaba al fin, y lo dramático era que Jacinta no quería regresar.

Ella le habló a Chencho en su estilo directo y propositivo y le cuenta lo que espera del futuro:

— Chencho, te amo con locura. Aquí, ¿ves?, podemos comenzar todo desde el principio: tú y yo, tener nuestros hijos... Y después que pase la sanción de cinco años por

desertar de la patria pudiéramos regresar de visita y encontrarnos con nuestras familias...

Ese paso de desertar de la revolución, ni lo había pensado. A pesar de tanto bienestar, Chencho sentía añoranza por su país y en él tenía todo un familión que no quería dejar; además, el culo gallardo de Celina la Bella, aún le causaba placer. No obstante, y quizás por decir algo para salir del paso, le adornó a Jacinta su decisión de regresar a la Patria sobre todo por el amor que sentía por sus seres queridos especialmente su madre y padre, y ya de paso del compromiso que había contraído con el Dr. Ruperto, el director del Instituto de investigaciones, del cual ellos eran parte.

— ¡Qué le vamos hacer, mi Chencho!— suspiró la joven Jacinta con un tono de decepción, que rayaba en la melancolía. A la joven investigadora especialista en química orgánica, a la locota compañera de Chencho en la transgénesis, la agricultura orgánica y el amor, se le esfumaba la inmensa ilusión de seguir compartiendo la vida con el hombre que le gustaba.



VIII

Al llegar al aeropuerto de su país natal en camiseta, bermudas y sandalias, muy diferente del vestuario de sarcófago con el que se fue, Chencho, estaba blanco con los cachetes colorados y de vez en cuando se le escapaban algunos anglicismos que sus colegas toleraban y Celina la Bella aborrecía.

La joven promesa científica traía en sus manos las primeras semillas de calabazas transgénicas, un extraordinario logro científico, calabazas criollas con un gen que producía manteca de puerco quizás no con sabor a manteca criolla de cerdo alimentado con palmiche, pero eso sí, cuando te ponías en la boca una tajada de los frutos de esta nueva variedad modificada genéticamente, hasta se manchaban los bigotes de grasa.

Los miembros de su equipo inmediatamente sembraron las semillas, obtuvieron los primeros frutos que valientemente degustaron, todos coincidían:

— Imagínense, cuando esto se generalice por todo el país, ... ¡qué milagro, madre mía!

El Dr. Ruperto, con todo orgullo, felicitó al talentoso científico, perla de su institución, y los jodedores de su

trabajo le preguntaron con cierta ironía sobre Jacinta. Él, un tanto ojiaguo y hablando con el diafragma les dijo: <<Jacinta, bien>>.

Ni cortos ni perezosos, la “canalla” del instituto se retiró después del saludo, compraron una botella de ron barato, y en medio de la curda se inspiraron y retomaron nuevamente la guaracha, la popular canción que le cantaban a la infidelidad, esta vez recreada con nuevas frases:

“Trans” con T

Se me olvidó el compost

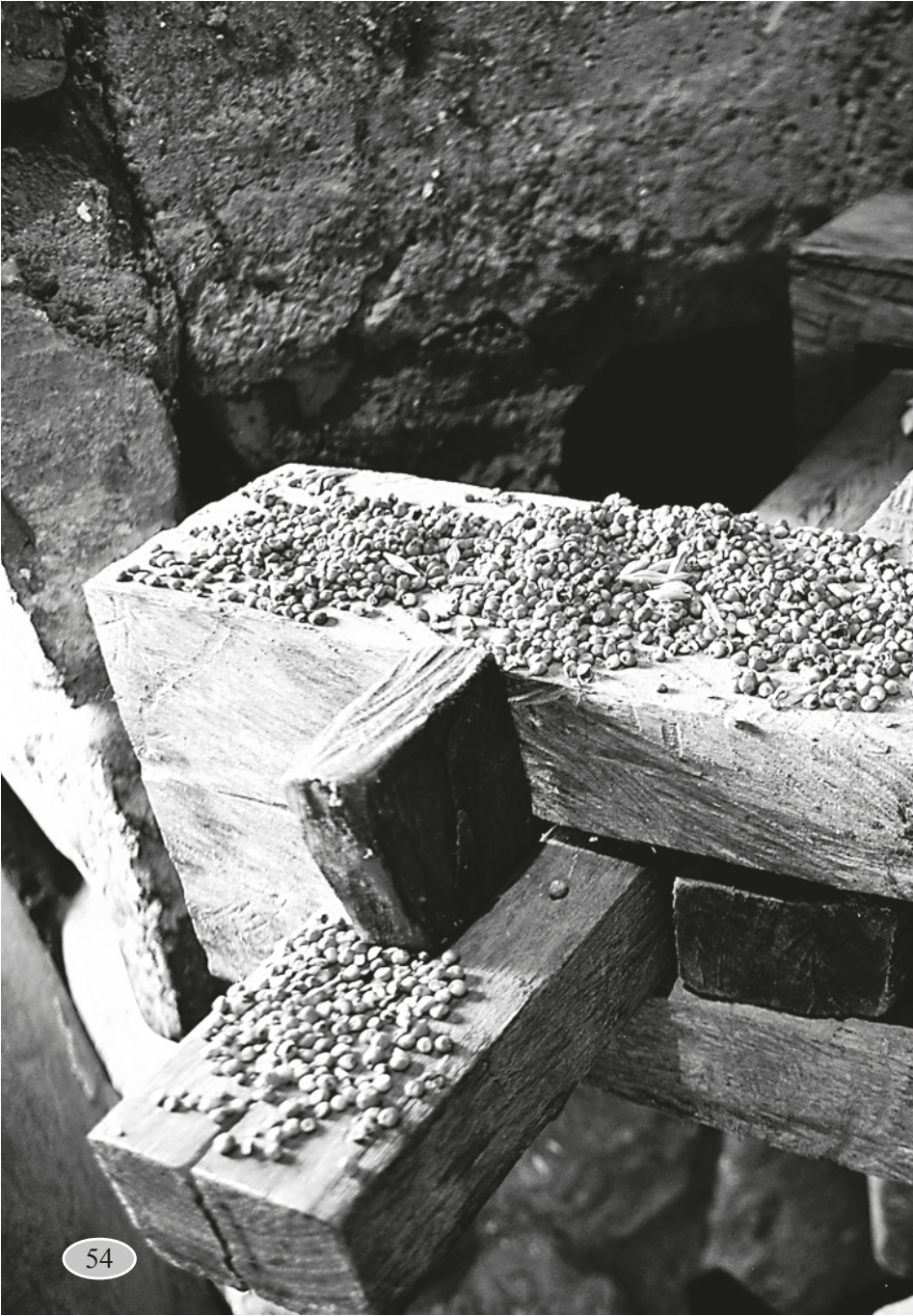
“Génico” con G

Su amorcito se le fue.

Lo más curioso de todo fue que el joven Chencho, en lugar de estar súper orgulloso por su gran mérito científico y su regreso a la patria, se daba cuenta de que en su cabeza se tejían torbellinos de contradicciones, complejos hilos se enramaban y nudos cerebrales tomaban cuerpo. Chencho era consciente del peligro de generalizar la famosa variedad de calabaza con el gen de “Pig Mantecoso” a todo el país, pues esto podría conspirar contra la independencia de miles de campesinos los cuales tendrían que comprar las semillas a los laboratorios o casas comerciales año tras año. Por su propia vivencia con los agricultores en la comunidad en torno a la finca La Esperanza y los guajiros orgánicos de Canadá con los que había empleado largas horas de trabajo, fiestas y análisis de sus sistemas de semillas, tenía la convicción de que un solo tipo de calabaza no podía tener un impacto mágico ante tanta diversidad de tierra, maneras de cultivar, usos y costumbres.

Además, aunque no tuviera evidencias sólidas de que esta nueva variedad transgénica pudiera tener algún efecto adverso en la salud de los que la consumieran a mediano o largo plazo, no existían aun suficientes pruebas de lo contrario. Chencho sentía inmensa duda de diseminar un invento sobre el que los agricultores no tenían la plena certeza de sus buenas o malas consecuencias, además pensaba que estos hombres y mujeres que cultivaban la tierra no poseían la capacidad para mantener las características de la planta que el joven científico había obtenido en condiciones experimentales de extremo rigor. Cabía la posibilidad de que el escenario futuro de diseminar estas semillas sofisticadas y milagrosas pudiera convertir a los productores en esclavos de su tecnología.

En los mismos días en que todo este vendaval de contradicciones soplaban en su mente, visita a Chencho un grupo de pobladores de las comunidades cercanas a la finca La Esperanza para conocer cómo le había ido al joven durante su estancia en Canadá, y de paso comentarle lo que habían logrado ellos a partir de su incursión en el mundo de la experimentación con diversidad de cultivos que habían estado realizando, y que Chencho, en pleno romance con Jacinta, había inducido y facilitado un tiempo atrás. Evidentemente, los guajiros se mostraban profundamente agradecidos por el papel que jugó Chencho en generar cambios positivos en la calidad de sus cosechas, incremento de sus ingresos financieros y las conexiones que se habían fortalecido con los consumidores de la ciudad, quienes se interesaban gradualmente por la calidad de los productos que ellos estaban produciendo sin empleo de químicos y con semillas criollas seleccionadas por los propios campesinos.



Casualmente y de manera sorpresiva, por esos días parte de la familia de los agricultores yumas con que compartió en Canadá lo visitan, y ya de paso conocen a su familia oficial (o sea, a Celina la Bella), y le traen además una carta de Jacinta confirmando la decisión de no regresar.

Por encima del papel se podía leer la infortunada decisión en que Jacinta le expresaba que su vida tenía que definirse, y en un gesto de genuina honestidad le confesaba que había iniciado un romance con un yuma bonachón llamado Peter.

¡Búmbata! Chencho nuevamente en el cardiovascular con remisión a Psiquiatría.

El talentoso Chencho pasó tres semanas sin emitir palabra, sumido en una depresión que lo caló hasta el tuétano. Poco a poco comienza a hablar y con la ayuda de los medicamentos, su juventud, y el apoyo familiar, Chencho Pérez Domínguez, da síntomas de recuperación de su segunda recaída.



IX

Por su invento de la transgénesis y la reputación científica ganada por su invento, el Dr. Ruperto logra convencer a la dirección del Ministerio y los dirigentes de la institución para que Chencho se tome unas vacaciones prolongadas.

Con el dinero que había conseguido ahorrar durante su trabajo en Canadá, y con algún dinerito que la Jacinta le mandaba casi en secreto a la madre de Chencho, el joven científico pudo pasar una convalecencia rodeado de su calurosa familia y con cierta holgura económica.

Tras nueve meses que le sirven para reflexionar y poner en orden sus ideas, el joven científico se siente mucho mejor y ya visiblemente recuperado es invitado a un congreso sobre ciencia, tecnología y medio ambiente. A este evento, que se celebraba cada dos años, acudían los más renombrados científicos nacionales e internacionales que tenían algún vínculo científico, político, mercantil, romántico con Cuba, y asistían además los dirigentes más importantes en el área de ciencia, tecnología y medio ambiente, dirigentes que informaban directamente a la presidencia de la república.

Chencho había sido seleccionado como el ponente principal y la expectativa de los participantes se centraba en conocer toda

la metodología que había desarrollado para la obtención de un tipo de calabaza que sintetizaba manteca.

Los 30 minutos reglamentados para su discurso en el evento científico fueron raros y emocionantes. En el momento de la presentación, todo el auditorio esperaba que Chencho hablara sobre su experiencia en la transgénesis realizada en el laboratorio yuma canadiense, en que nada le faltó.

Cuando el científico se disponía a dictar su conferencia y de manera imprevista rompe un aguacero muy denso de tres minutos y medio. El salón, aún teniendo ventanas de cristal transparentes y limpias, se oscurece por el espesor de la lluvia. Ya amainando y todavía con la oscuridad de los nubarrones en disipación, se van metiendo los rayitos de luz en el recinto de las presentaciones; los haces de luz solar mezclados con la ya débil lluvia y sombra de las nubes, dan el típico casamiento de dios y el diablo. En este momento, Chencho declara:

—Compañeros y compañeras, yo no diseminaré la variedad de calabaza con el *“Transgen Pig Mantecoso”*. No puedo hacer esto cuando he descubierto que esta no es la fórmula para salir de la crisis alimentaria en que se hunde este país y reforzar la alegría de nuestros compañeros. La fórmula no está en la trans—génesis, sino en la trans—comunicación.

El auditorio se quedó perplejo: los científicos recién graduados ríen con susto, los más consagrados, nerviosos, sacan su pañuelo y se secan las gotas de sudor que contrastan con los 17 grados Celsius de aire acondicionado que congelaban el salón; los investigadores y funcionarios menos

sensibles mantuvieron la cara seria y siguieron paso a paso la explicación de Chencho. El Doctor Ruperto pensó que el sistema nervioso central del muchacho estaba en una nueva recaída.

Chencho en su discurso les explicó detalladamente a sus colegas que el mayor impacto que había tenido en el trabajo que realizó en su país y en Canadá fue en los momentos que se alejó de los laboratorios y les brindó opciones a los agricultores para que estos experimentaran, lloraran y rieran con sus propias iniciativas, con cosas que estuvieran en consonancia con su cultura y que pudieran replicar, manipular y decidir.

—La gente —continuó Chencho— necesita que se le reconozca y se fortalezca sus modos de generar conocimiento. La ciudadanía cubana demanda canales de comunicación, — y dibuja en letra gigante en la pizarra del salón la palabra *K* de *Knowledge*, conocimiento en inglés. Al lado escribe *Building* que significa construcción, y a continuación pone *Right*, que se interpreta como derecho. En la línea superior del pizarrón escribe una oración completa en puro castellano: diciendo Derecho a Construir el Conocimiento. Y continúa *<<es poner a disposición de la gente múltiples tuberías, canales de opciones y experiencias que le ayuden a resolver sus problemas. Y sobre todo, que la propia gente sea parte activa de fabricar sus soluciones. En realidad la innovación es la capacidad que desarrollan hombres y mujeres de ser proactivos en edificar valores, que van desde inventar una balsa para emigrar sano y salvo a La Florida o la luna, hasta hacer un pequeño tornillo para ajustar una máquina de cosechar maíz. Lo importante es que*

la gente sienta la libertad y la facilidad de hacerlo, implementarlo y evaluarlo en toda su magnitud, de este modo los ciudadanos y ciudadanas son parte de su ciencia; o mejor dicho, la ciencia es hecha por los ciudadanos y ciudadanas y las divisiones imaginarias entre las ciencias sociales y aquellas relacionadas con los recursos naturales se convierten en una amalgama que no se sabe donde empieza o termina. Lo que sí me han demostrado las experiencias vividas por mí y otras colegas, es que este enfoque genera alternativas que dan vida, placeres y sobre todo responsabilidad a la ciudadanía; es brindar pedazos de piezas del rompecabezas para que se componga una vida más sana respetando la naturaleza, los vecinos, los amigos, lo que quieren hacer los seres mortales día a día para ser armónicamente libres>>, arremetió Chencho con una fuerza discursiva impresionante y modulando la voz como todo un profesional de la comunicación. Entonces, el joven científico cerró su discurso planteando:

— *Los seres humanos naturales deben ser componente básico del sistema nacional de ciencia: el reforzamiento de la cultura es el fin de cualquier esfuerzo de la innovación en nombre de Einstein, Changó y la mismísima Caridad del Cobre. Los ciudadanos y ciudadanas tienen que ser parte de nuestro juego científico* — Mirando al auditorio, que permanecía en absoluto silencio, alzó la voz muy emocionado: y firmemente dejó clara su intención expresando:

— *¡Viva mi gente!*

Por los rostros del auditorio fue visible la aceptación que tuvo su intervención, y que a la joven promesa de la ciencia cubana

no le quedó nada por dentro, lo había dicho todo. En la sala esta vez no cayeron gotas de sudor en algunos miembros de la audiencia, sino gotitas de orín de alegría para algunos y de frustración para otros, y todos de una manera u otra emitieron algún sonido, aunque muchos apretaron los puños, y aplaudieron hasta que se enrojecieron sus manos.

En ese momento, Chencho se sintió tranquilo, seguro, optimista, y relajado porque no le quedaba nada por decir. Excepto un detalle: Fulgencio de la Concepción Pérez Domínguez, alias Chencho, susurraba en voz baja una y mil veces el nombre de Jacinta y dibujaba en su mente la eterna sonrisa de La Locota especialista en química orgánica del instituto del Dr. Ruperto. Su cerebro olía y respiraba el aroma de Jacinta, que en esos momentos, muy lejos, intentaba hacer el amor con el nuevo novio. La Jacinta, que a pesar de sus esfuerzos no se concentraba y también respiraba las vibraciones de la voz de su machito, Chencho.

Cuando terminó la presentación, los saludos y felicitaciones por su discurso, eran interminables, hasta los más recalcitrantes se le acercaban y comentaban sobre la valentía del joven, su intuición y fantasía.

Chencho, ya agobiado de tanta explicación y comentarios, se despidió de todos, buscó el mar, encontró el malecón habanero, a lo largo del muro y bajo un sol caliente comenzó a silbar solito una canción rítmica que inventaba en ese momento. El optimismo de la música se notaba en los movimientos de su cabeza. El joven científico sonreía al mismo tiempo que silbaba su último tema sobre la eterna devoción por la ciencia, el amor y la pasión.